

*“... !Oh excelso muro, oh torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía!
!Oh gran río; gran rey de Andalucía de arenas nobles, ya que no doradas!...”*

Góngora

CÓRDOBA Y SU PARADOR



Goza Córdoba, porque así se lo merece, de una aureola mágica, indeleble. Responde su estampa a lo que de ella se sabe; a lo que se supone que es: Córdoba guarda, celosa, sus propias fidelidades; de propias tradiciones y de hurtadas costumbres. A veces judías, en ocasiones cristianas o cristianizadas: siempre moras. Por encima de todo ,se empinó en el centro del poder califal. Así resultó ser la ciudad más culta, rica , lujosa y lujuriosa... Y aún hoy es escenario propio y propicio de las más bellas estampas de *“Las Mil y una Noches...”*

Así fue –y así quiere, un poco, seguir siendo– aquella Córdoba musulmana. Pero resultará ser mucho más aún: Guarda y enseña hoy hondas tradiciones, muestras singulares de sus múltiples culturas; esplendorosas riquezas, mostradas unas; otras más bien recatadas, por no decir disimuladas. Que también es éste coto de latifundios...

Gozará el visitante de un pueblo amable en extremo, como pocos. Pero complejo como ninguno casi: Son siempre las gentes el resultado del río que por la historia les acarrea. Que es el Betis; que es el Guadalquivir. Que es el milagro: El fértil resultado de las más ricas invasiones que la Península pudiera soñar: Nos invadieron culturas y civilizaciones nuevas y renovadoras; sañudas y ceñudas; refinadas, cultas y épicas otras; misioneras y aventureras; humanistas y coloristas luego. Gentes orgullosos de lo suyo. Disidentes siempre que la ocasión lo propició; fieles tanto como fuera preciso. Eternamente estetas, poetas para siempre jamás.

La plaza/ fortaleza sería tomada por las legiones del Romano Imperio. No serían estas visitas bien recibidas. Por el contrario, hubo tanta resistencia como se pudo y tanta lucha como hubiera menester; No en vano, aquel pueblo bético, pero cartaginés y lusitano al fin, tenía y gozaba de patria y culturas propias.

Arrasaron, finalmente, las legiones: Fue el pretor Lucio Mercio el definitivo conquistador. Ocurrió unos doscientos años antes de nuestro cristiano calendario. Desde aquellos entonces, los primeros cordobeses hablarían latines durante ocho centurias... Aunque sea ésta sólo una vaga aproximación: Parece lo más cierto y



razonable que se produjo una colonización del latín con “muchas y muy notables influencias del habla que los godos tenían por común uso...”, según quieren atestiguar las más viejas crónicas.

Inevitablemente fieles al pragmatismo que ellos mismos inventaron, los improvisados vecinos se apresuraron a trocear la Península, para su mejor explotación y más fácil gobierno.

Se supone –aunque muy bien del todo no se sabe– que aquella Córdoba fue llamada a ser la capital de toda la Bética. Y hasta hay leyendas capaces de confirmarlo: Sería el propio Julio César quien plantara aquí el famoso plátano que luego Marcial hiciera inmortal con sus rimas... De cualquier modo Córdoba fue, al fin, romana. Y serían las legiones quienes conforman una primera villa/ fortaleza.

Fortificaron la plaza. La convierten en cuartel y centro estratégico de sus soldados. Diseñadores de su propio futuro, trazan los más convenientes caminos de la Iberia peninsular; en función de sus riquezas naturales –pesca, agricultura, minería, esclavos...– convierten Córdoba en un nudo esencial para las comunicaciones hispanas.

Bien pronto, aquellos cordobeses enseñaron su orgullo y, un punto, el pragmatismo aprendido del civilizador invasor: durante las guerras civiles que en Roma dolieron su propio Imperio, esta ciudad optó, alternativamente por uno o por otro bando. Así, aquellos cordobeses fueron decididos defensores de César o de Pompeyo, de acuerdo a las actitudes y al comportamiento que para su vecindario mostró Roma... Sea como fuere. Parece verdad que en el futuro del Latino Imperio tuvo mucho que ver en estos contornos. Aquí y por aquí se libraron batallas decisivas y actitudes muy beligerantes: El Viriato caudillo bético/lusitano dio mucho más que sobresaltos a las tropas legionarias...

Al fin y al cabo, el balance resultaría excelente, tanto para los invadidos como para los invasores. El Imperio se llevó de estos paisajes metales para aquellos tiempos preciosos: hierro, cobre, estaño...: Y oro y plata en ingentes cantidades. Excelentes pescados, excelentemente conservados: El “garum” –el primero de los mejores “patés” del universo, a base de capas superpuestas de sardinas y peces similares en cuidadosa salazón–, mojamas y otras salazones como bacalao. También se llevó el Imperio una notable cultura, incorporada de las gentes iberas, celtas y lusitanas. Fueron, a la vez, tiempos de crueles forcejeos; de permanentes infidelidades salpicadas de traiciones y venganzas... Finalmente entraría Cesar definitivamente victorioso. Sería ésta la tercera y última vez que el emperador estuviera en la ciudad.

Acabadas las guerras conocería este pueblo una prolongada etapa placentera. Vendrían cuatro largos siglos de vecinal convivencia hispano-romana. Amanecen tiempos fértiles. En la economía, en el urbanismo... Y,

tal vez sobre todo, en la cultura.. Junto a jurisprudencias e ingenierías, se conforma el ingenio intelectual y literario de los más ilustres romano-cordobeses.

De estas calles surgiría el más apreciado plantel de las letras hispanorromanas. Fueron los tiempos de Séneca y la Escuela Cordobesa. Estaría situado aquel primero, pero ya decisivo y decisivo, Senado cordobés en el lugar que hoy ocupa la muy ilustre, ilustrada e histórica plaza de “las Tendillas”. Inicial Foro, jamás perdería el protagonismo ciudadano: sería zoco árabe, coso taurino, escenario obligado del Santo Oficio y siempre perspicaz faro de la vida cotidiana... De “las Tendillas” nacían las más importantes calles que conducían a las puertas de la ciudad: La “puerta de Osario”; la “puerta de Hierro”, que calaba la muralla. La de Gondomar, luego “puerta de los Gallegos”... Estaría el anfiteatro por San Pablo y el palacio del Cónsul en las proximidades del Ayuntamiento.

Muy cerca del Alcázar se situaba el puerto y la aduana. El estadio quedaba por fuera del recinto murado. Para los difuntos se dispusieron dos “osarios”: uno, para los más influyentes vecinos, entre los llamados Tejares y San Cayetano; Los restos plebeyos serían depositados en el Campo de la Verdad. También los dioses gozaban de morada propia y apropiada. Baco y Apolo eran adorados, tal vez, por la Trinidad. Se levantaría, orgulloso, el de Augusto en torno a la ermita del Amparo. El santuario dedicado al Sol ocupó más o menos el lugar de la Catedral. Donde el Hospicio estuvo el templo de los “dioses manes”; por la Iglesia de Santa Ana habría una “ceca”, monopolio fabril para la acuñación de la moneda.

Muy poco se conoce de los tiempos visigodos. Mientras pudieron, aquellos cordobeses se mantuvieron fieles a los usos y costumbres del ya desaparecido imperio. Será el visigodo Leovigildo quien conquiste, nuevamente la plaza. Pero el vecindario tomaría beligerante partido en favor de su hijo, heredero y acristianado Hermenegildo.

LOS MÁGICOS TIEMPOS DEL ISLAM

Los más recalcitrantes contadores de la Historia lo escribieron de forma extrañamente retorcida: Ni fue tan cruel la invasión musulmana como nos hicieron creer, ni la cruzada reconquistadora lucharía por tan divinos designios como nos obligaron a pensar. La conquista tuvo tanto de visita como de invasión; los cristianos sometidos no lo sufrieron tanto como se quiso demostrar. Pero no faltaron conjuras, crueldades y muy sangrientos episodios, incluso dentro de los territorios de cada uno de los pueblos contendientes...

Si; hubo ocupación. Pero con pactos; con fronteras convenidas. Con impuestos imposibles entre invasores e invadidos. Con maldades internas y continuas en uno y otro bando.. Muy a menudo serían guerrillas más que guerras: pillajes y pillerías –sólo a veces muy crueles– de una y otra parte. De cualquier modo, el balance resultaría francamente beneficioso para el conjunto peninsular: Prosperó de forma insospechada la economía; se incrementaron los intercambios comerciales, culturales, artísticos...: Una población muy heterogénea compuesta por musulmanes, judíos y visigodos aprendieron muy pronto a convivir y a compartir creencias, lenguajes y usos y costumbres...: Fueron los tiempos felices de una convivencia casi impensable.

Casi nada importa ni cómo ni porqué hasta aquí llegase el



moro invasor, rayando el siglo VIII, aunque parece confirmado que su llegada sería resultado de una conspiración de los cristianos enemigos del rey don Rodrigo *“que tomó al moro por aliado para su causa...”* Es el caso que aquel primer moro invasor, muy al principio, llegó a las puertas de Córdoba con un talante de notable tolerancia. Tanto que, según se puede leer en las crónicas de la época *“...muy y mucho asombra el escaso tiempo de la conquista de la ciudad...”* aunque requisiese al invasor en torno a dos años de estériles intentos...

Bien pronto llegó a aquella Córdoba visigoda el primer emir: Al-Horri decidió establecer aquí la capital del naciente y arrasador imperio musulmán. Llegarían enseguida tiempos de ambiciones, conjuras, traiciones: prolongadas luchas políticas entre los ocupantes de muy heterogéneos orígenes: más que pueblos eran agrupaciones de bandos sirios, berberiscos y otros grupos agrupados bajo los argumentos invasores de la religiosidad musulmana.

Amaneció una cierta estabilidad al fin. En el año 756 enviado o aceptado por la dinastía de los Omeyas se instala en Córdoba el primer emir independiente: Con Abderramán I, comenzaría *“...el gran esplendor de las palmeras y los patios...”* que luego y siempre cantarían árabes y cristianos... Abderramán I, *“El Grande”*, hubo de soportar tiempos de *“añagazas y conspiraciones de los suyos...”* Definitivamente, implantó su sede en esta Córdoba, en principio por la fuerza: se acordonó con una guardia personal tan fuerte que algunos historiadores calculan que alcanzaría hasta unos 40.000 guerreros en permanente vigilancia. Muchos de ellos eran esclavos procedentes de tierras africanas...

Pero la gloria de Abderramán I no sería sólo por sus conquistas; mucho más que por guerrero, ingresaría en la Historia, más que nada, por poeta; tal vez por portador de una filosofía oriental todavía hoy bien anclada en el *“al-Ándalus”*. Fue Abderramán I el primer valedor árabe de Córdoba. A él se

debe la decisión de edificar aquí la Gran Mezquita. Buscó y encontró un sitio para edificar su palacio: *“La Arruzafa”*, rodeado de jardines. Desde aquí, desde La Arruzafa, ejerce la política y ejercita la poesía:

*“Tu también insigne palmera
Eres aquí forastera...”*

Insigne, sorprendente, beligerante y bien honroso resultaría este Abderramán. Él mismo lo quiso reconocer: *Vine hasta aquí “...acosado por el hambre, ahuyentado por las armas y fugitivo de la muerte...” (Y aquí encontré) “...hartura, seguridad, amigos y riquezas...”* Hixem I consolida y agranda los logros de su padre: No precisa ya ser cruel; es decididamente pacifista y tolerante con culturas, religiones y costumbres. A él se debe el empeño y el honor de concluir las obras de la Mezquita.

Es, además Hixem, un influyente moralista de sus tiempos. Tanto que a su sucesor dejó escrito y sentenciado: *“...Haz justicia igual a pobres y a ricos. En el amor de los súbditos está la seguridad del príncipe. Sé benigno y clemente con los súbditos; todos ellos son hijos de Dios...”*

Con Abderramán II se comienza a instalar Córdoba en los que serían sus mejores esplendores: Acuden aquí comerciantes de todas partes. Comienzan a llegar gentes de las ciencias, de la cultura, de la música...: Córdoba empieza a sospecharse como la capital de *“todos los occidentes de Europa...”* Y así sería: Es con Abderramán II cuando se perfila y se amuebla el urbanismo de la ciudad árabe-cristiana. Es Abderramán II quien, y todavía más, engrandece la ciudad: Hace construir baños, instala alumbrado en las calles que, además, son empedradas y disponen de desagües, de alcantarillados...

La ciudad comienza a ser el centro más notable del saber de aquellos tiempos... Sólo a título de muestra: por entonces –estamos en los comienzos del siglo IX– disponía el vecindario de un asilo para tres centenares de niños huérfanos en un edificio mandado construir a tal efecto por personal decisión del propio Abderramán III.



EL GRAN SIGLO CALIFAL


Es el gran siglo cordobés: entre el 912 y el 961, la ciudad es el faro que guía y deslumbra al Occidente civilizado. Es la admiración y la envidia de los tiempos. La culminación de la conquista musulmana: en la guerra y en la paz; en la economía; en la cultura, en la medicina, en la ingeniería... Son los fértiles tiempos de Abderramán III.

Al comienzo de su reinado, este Abderramán es, sobre todo, incansable conquistador. Hubo primero de pacificar su propio reino, envuelto y revuelto en permanentes conspiraciones. Revueltas sin número y tratos y contratos con algunos discolos reyes y reyezuelos cristianos... Bien pronto conquista la muy estratégica plaza de Toledo, sagrada capital del reino visigodo.

Enseguida sus ejércitos alcanzan los montes Pirineos. Y, muy pronto también, extienden su poder hasta los codiciados nortes africanos. Pero el triunfal guerrero ingresaría en la memoria de los tiempos, más todavía, por sus conquistas de las paces. Su corte alcanza un refinamiento jamás soñado, difícilmente imaginable en el futuro. Modelo de inteligente tolerancia, convierte Córdoba en el sagrario del saber universal: aquí componen, investigan, ingenian o trabajan los más brillantes cerebros de las tres religiones. Musulmanes, judíos y cristianos vienen a aprender o a enseñar la arquitectura, la medicina, la música, la poesía...

Quiso también Abderramán III dejar otra singular huella imperecedera: diseñó y edificó la ciudad-estado-palacio de Medina Azahara. Un escaparate de refinamientos hasta entonces impensables. De aquella mitica ciudad, -ahora, definitivamente, en un serio proceso de reconstrucción- cuentan prudentes cronistas que disponía de "...más de cien mil casas..."..."Superaba el millón de habitantes..." "Tenía más de treinta arrabales y un incontable número de palacios..."

MEDINA AZAHARA: LA ENVIDIA DE LOS TIEMPOS

“  tra de las maravillas de al-Zahara era el Salón de los Califas, cuyo tejado era de oro y de bloques de mármol de varios colores, sólidos, pero transparentes..." "...Daban entrada al salón ocho puertas a cada lado, adornadas con oro y ébano que descansaban sobre pilares de mármoles variados y cristales transparentes..." "...Había también, numerosos baños: Unos, destinados a las dependencias del Sultán y sus servidores más directos. Y otros públicos..."

...Y también había múltiples mercados, hospederías, colegios y otros muchos edificios públicos y privados... Para una muchedumbre de gentes: pajes, esclavos, eunucos... Sería, sin embargo, la gran obra de Abderramán III el inmenso avance socioeconómico, científico, artístico y cultural que convocó en Córdoba y que, enseguida, irradiaría a todo el territorio peninsular. Que no sólo musulmán..

Bien al margen de toda ficción -aunque sin el rigor de las estadísticas del presente- la ciudad "...tenía por los finales del siglo X más de doscientas mil casas censadas, habitadas por la clase media y por los plebeyos. Otras sesenta mil viviendas pertenecían a funcionarios y aristócratas. La ciudad estaba, ciertamente, salpicada por numerosos zocos, talleres de artesanos, baños, alhóndigas..."

Tampoco cabe duda alguna: durante este Siglo de Oro, esta España mora cordobesa conoció la mayor densidad demográfica de todas las Europas continentales. Se decía, por entonces, que "...Córdoba sólo podía ser comparada con Damasco, con Bagdad o con Constantinopla..."



AL-HAQUEM II: LA PAZ ESTÁ EN LOS LIBROS

Al Haquem II (961-976) ocupa, gozoso y relajado, el imperio de Abderramán III. Está llamado a ser el decisivo Califa de la Paz; es decir, de la cultura. Sabio, erudito y consumado bibliófilo, reúne una biblioteca de entre sesenta y ochenta mil volúmenes. Allí se guardaron, se aprendieron y se enseñaron los más importantes y los más nuevos saberes. Algunos traducidos de sabios griegos y romanos; muchos de ellos perfeccionados, y otros exclusivos de sus propias investigaciones..

Al-Haquem, hábil estadista, ejerció notables dotes de sociología política: Ordenó el primer censo conocido del imperio andalusí, con afanes, desde luego, impositivos: “...Hay en el al-Ándalus seis grandes ciudades, unas trescientas medianas, y un incontable número de aldeas...”

Estableció el califa una más clara relación jerárquica entre sus súbditos: En las pequeñas propiedades se instalaron los más pobres, los campesinos llamados libres...: bereberes, muladíes y, en ocasiones, mozárabes. En los alrededores de la ciudad estaba instalada otra clase de pequeños propietarios, también vecinos de la capital. Algunos de ellos eran funcionarios. Otros, personajes de los alrededores del poder o, sencillamente, pudientes arrendatarios que controlaban la explotación de las fincas de mayor fertilidad.

Algo más alejados, pero mucho más extensos, –los más fértiles terrenos– fueron concedidos y ocupados por la ya naciente aristocracia hispanoárabe: Renacía y se consolidaba lo que ya habían intentado anticipar romanos y visigodos: el latifundio andaluz se hizo realidad.

Tampoco podía ser de otro modo; el imperio cordobés resultó ser el más notable centro comercial, suministrador de tecnologías, de productos, de servicios. Daría, necesariamente, lugar a la construcción de muchos más y muchos mejores caminos. Y trabajo y negocio a una legión de comerciantes, ávidos trajinadores de idas y retornos con el seguro beneficio de los mejores precios de acuerdo a las abundancias o las carencias de los alejados mercados. Se podría decir que casi todo partía de Córdoba: O que casi todo a Córdoba llegaba. En todo caso, casi todo por Córdoba pasaba. De aquí a los Mediterráneos. De los interiores peninsulares a las principales ciudades del al-Ándalus... Interminables caravanas acarreaban todo tipo de productos: cereales, vinos, aceites, cueros, cerámicas...

Poderosas, aunque rudimentarias compañías de transportes partían desde Córdoba en todas direcciones en busca de los mercados más jugosos. Hacia las costas levantinas o hasta los Atlánticos de Oporto o de Coimbra. Y hasta hubo un notable comercio con los puertos africanos que demandaban aceites, vinos, tejidos y manufacturas hispanas a cambio de trigo y un sinfín de refinadas artesanías orientales.

Jugoso fue, por entonces, el comercio de esclavos, sumamente intenso por los alrededores del siglo X. La Península, una vez más, era camino obligado también de esta clase de mercancía, por entonces el más barato y abundante recurso energético: esclavos blancos, prisioneros –hombres y mujeres– capturados en las incesantes guerras continentales y peninsulares eran bienvenidos y muy bien vendidos en los no pocos poderosos reinos africanos.

Habían, también, redes de mercaderes especializados en la trata de negros. Cuentan las crónicas que “...no había ciudad de cierta importancia que no dispusiera de un mercado suficientemente abastecido

de esclavos y de esclavas...” Y existía, a tal efecto, una específica legislación para la regulación de este comercio con contratos muy precisos: por lo general, los hombres eran demandados para el uso de las armas y para las tareas agrícolas. Las hembras gozaban de favores más polivalentes: la belleza, la juventud...: Aconsejaban las crónicas como negocio seguro y rentable “...la compra de una doncella cristiana no mal parecida ni mal dispuesta...” para, después de algunas lecciones de educación y de docilidad, venderla a muy buen precio por los alrededores de la corte califal. Se da fe de que un médico musulmán, Ibn al-Kattani, vendió una esclava cristiana por la millonaria suma de tres mil dinares. Claro es que, después de instruirla y adoctrinarla, hubo de formarla en las artes de la música, la danza, la filosofía, la poesía...

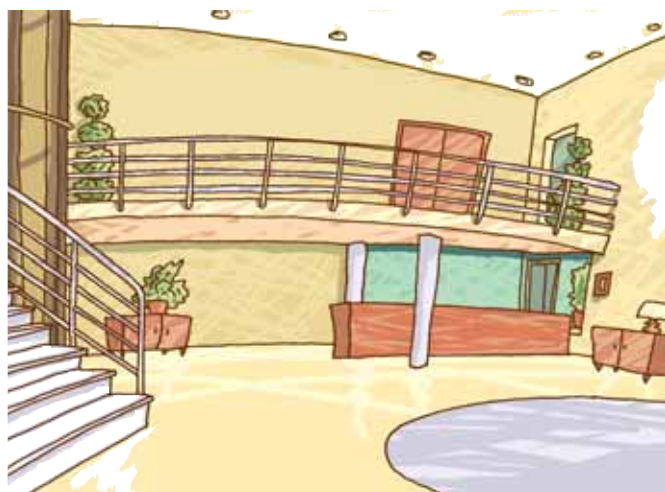
Al-Haquem II fue, también el gran paladín integrador de la Guerra Santa musulmana: “...nuestro dios, Alá, ha decretado que sus ejércitos se apoderen del imperio del Iraq, del de Siria y de los Santos Lugares...”, según aseguran testimonios próximos a su Corte.

ALMANZOR: DIVINO, MAQUIAVÉLICO DICTADOR

Comienza la agonía –casi ya adivinada– del imperio andalusí: será un proceso muy lento, muy doloroso; pero, ni mucho menos, envidioso de los pasados esplendores. Muy al contrario: Almanzor –advenedizo, espúreo, ambicioso y nada escrupuloso– logró hacerse con el poder absoluto del al-Ándalus. Con tan malas artes y con tal eficacia que nunca nadie pudo llegar a imaginar.

Almanzor, un militar de escasa relevancia, se las ingenió para usurpar el trono a su califa, Hixem II, con cuantos ardidies fueron precisos: Aprovechó la minoría de edad del soberano. Logró ser amante de la reina madre, Subh, y cortejó, con notable éxito, a las más influyentes mujeres del harén califal. Supo ser muy generoso para con sus súbditos, enseguida convertidos en incondicionales partidarios.

Exprimió los impuestos más impopulares, como las tasas sobre el aceite... Fue hábil maniobrero entre tribus, castas, clases, etnias –esclavos, bereberes, eslavones...– y urdió una refinada y compleja red de espionaje a su exclusivo servicio: Lograría tener en sus manos todos los hilos del poder de la muy extensa Iberia musulmana. Tuvo, incluso, la desmesurada ambición de plantar réplica al alcázar califal de Medina Azahara: mandó edificar su propio palacio y quiso llamarlo Medinat al-



Zahira.

Con semejantes urdimbres logró cuanta gloria y poder se imaginara. Diseñó incluso, su propio apelativo, al gusto de los soberanos moros y cristianos de la época: Se hizo llamar Al-Mansur bil-lah-: *“El victorioso por la gracia de Dios”*.

Pero Almanzor cosecharía, también, grandes victorias políticas y militares que no dudó en poner al servicio de su imperio cordobés. Los gobernados y el juicio de los tiempos han considerado que, en efecto, Almanzor resultó ser un estratega eficaz, hábil negociador y justo administrador de sus casi ilimitados poderes. Su sentido de la justicia fue proverbial, pese a sus innumerables arbitrariedades.

Durante su gobierno, el Al-Andalus conoció un dilatado período de paz y prosperidad, superior, incluso, a de los mejores momentos del califato, según juicios compartidos por historiadores y cronistas musulmanes y cristianos. Realizó, personalmente, medio centenar largo de expediciones victoriosas contra los cristianos, siempre en nombre de la Guerra Santa

CALLES, CALLEJAS, CULTURAS

LOS PATIOS

A poco que se conozca Andalucía se advierte la esencial diferencia entre unos y otros patios. El patio sevillano es la herencia viva del romano: está habitado, amueblado y acusa cierta ostentación. Por el contrario, el cordobés prescinde de todo aquello que no es propiamente el patio (luz solar, plantas, arcada y agua); desde el punto de vista arquitectónico es conceptual y su función espiritual. Un lugar donde uno se encuentra consigo mismo, ese es el sentido de su religiosidad; en él no se reza ni medita. Se evidencia la huella árabe. A ello se añade la influencia renacentista en sus construcciones, abiertas siempre, empeñadas en la búsqueda de la luz. De ahí surgen las cancelas que ponían en comunicación directa el corazón de la casa con la calle.

Muchos de los patios, que pueden verse a través de sus cancelas, pertenecen a varios vecinos. Es, pues, un espacio común mimado por todos. Ocasionalmente, se utilizan como punto de encuentro donde se comparten confidencias; pero siempre de paso. Permanece el patio suspendido del tiempo, en tanto que los hombres y las mujeres van pasando.

Su suelo de guijas empedrado recuerda el inmutable límpido fondo de un río que nos lleva. Como si de la imagen de un santo se tratara, entre los días 10 y 20 de mayo, los patios se visten de luces. Penden mantones de Manila, estallan jazmines y gitanillas; suena la guitarra sobre el improvisado tablado y trepan por las paredes blancas, las palmas. Todo ello ocurre con motivo de la Festividad de los Patios celebrada por iniciativa del Ayuntamiento. Las puertas están abiertas y las barricas generosas de vino; alegría, cante y baile hasta bien después de la medianoche, esa hora en que las flores despiden sus perfumes secretos.

ARTESANÍAS MÁGICAS

Esta artesanía tiene sus raíces en los siglos de dominación árabe. En al-Ándalus se desarrollaron las artesanías de los cueros, las orfebrerías, las cerámicas... sin olvidar los bordados o la fabricación de guitarras. Los *“cordobanes”* y *“guardamecíes”* se exportaban a todas partes de Europa desde al-Ándalus, y no han perdido su fama en la época cristiana: permanecen muchos talleres trabajando con la misma pasión y delicadeza que antaño.

Los guadamecileros elaboran con primor, hoy como ayer, repujados

en cuero para bolsos, maletas, arcas... que hacen las delicias de los coleccionistas. Y los artesanos de la guarnicionería han ampliado su repertorio: Existen talabarteros que hacen verdaderas obras de arte: filigranas en zahones para afortunados caballistas, sillas de montar que por los labrados parecen sillones palaciegos...

La orfebrería de estas tierras, tradicionalmente en plata, ha hecho una tradición de plateros creadores de joyas delicadas y de curiosas filigranas de joyería religiosa en oro y plata. Con las mismísimas técnicas *“de siempre”*, sin utilización de máquina alguna, se borda hoy en Córdoba. No se dejen de admirar los mantos de las Vírgenes, casi obras de arte. Y aunque mucho más minoritaria, la fabricación de guitarras sigue siendo en Córdoba un parto de doce meses, tiempo que transcurre desde que se corta el cedro hasta que se puede afinar.

Los alfareros han estado y están siempre, más en los pueblos, respondiendo a las necesidades de cada día; botijos, cántaros, fuentes...todo lo que sus ciudadanos buscaban para el uso doméstico.



AFINADAS MESAS CORDOBESAS

Habría, tal vez, que matizar: ni estas mil sabrosísimas recetas de los gazpachos andaluces proceden de bíblicos orígenes (no sería posible, puesto que la culinaria del tomate hijo de la conquista americana sólo alcanzaría hasta estas Europas en torno al siglo XVIII). De cualquier modo que sea, es irreversible que el gazpacho es suprema y magistral fórmula, veraniega y refrescante que desde estas Andalucías ha sabido conquistar los mercados y gustos occidentales cuando menos.

Como bien conoce todo forastero, es el **Gazpacho** una especie de caldo frío y refrescante de simple elaboración: Basta con algo de pan, algo más de aceite, la suficiente dosis de vinagre –a poder ser de buen vino–, sal y agua, la precisa. Dicen los que saben que es alimento muy completo, casi

inigualable para aliviar y restaurar los cálidos veranos de estas latitudes.

Pero estas mesas no se limitan a los variopintos gazpachos. Coexisten, todavía hoy, numerosas recetas de los tiempos califales. Platos a base de

Habas, saladas ante que asadas, **Sopas de Levadura**, **Migas de Ternero**; o

Rosquillas de Miel, **Alcorzas Rellenas**, "Almojábanos"... Y guisos sorprendentes de animales

libertinos -**Gallina Asada**-; **Tortilla de Berenjenas**... O platos muy sabrosos con usos y sabores musulmanes:

Corazones de Cordero, **Salchichas**

Picantes, **Albóndigas**, **Cabezas de Cordero**...

Incansables y persistentes son los reconocimientos de estos platos por tan consagradas firmas como la de Francisco Delicado, desde su "Lozana Andaluza"; o de Lope de Vega, en "Los Comendadores de Córdoba". Y de Góngora desde sus "Romances y Letrillas..."

Recuerde el forastero que, estas cocinas cordobesas tienen una condición común casi de obligado cumplimiento: En compañía de estos excepcionales aceites y de sus abundosos productos ganaderos y cazaderos; y de las sorprendentes verduras; preside con frecuencia el aliño de **cominos**, que excepción sería si de alguna mesa faltase; al igual que la **hierbabuena** o la **albahaca**. Son excelentes herencias de nuestros hasta no hace tanto hermanos árabes. Como otros tantos guisos combinados a base de componendas heterodoxas, a veces agrídulces, con añadidos o salpicaduras de **almendras**, **pasas**, **piñones**...

Y aún queda más que tanto: Aún perviven algunos sabrosos platos de herencias judías: Como un **Guiso** apañado con **Habas Secas y Berenjenas**. O el **Gazpacho Blanco**, blanqueado también, con harina de habas. Hacia los nortes cordobeses, en el Valle de Los Pedroches, se guisan notables vacunos y muy excelentes corderos -siempre en edades infantiles-... Y quesos necesariamente artesanales. Chorizos, morcillas y jamones... Y dulces los que el forastero quiera degustar: imperdonable olvido sería no probar los **Alfajores**...

Y, cómo no, pescados: el **Cazón**, la **Fritura de Pescaítos**, con preferencia sometidos a la sabiduría del adobo. O los incommensurables **Rabos de Toro**, estofados sólo por aquí de esa misteriosa manera. Todo ello y mucho más rematado con golosinas: dulces y singulares **Hojaldres**, **Alfajores** o **Carne de Membrillo**. Y, naturalmente, con la inevitable compañía de algunos de estos vinos: Moriles, Montillas, Doña Mencía...

LA RECETA SECRETA

RABO DE TORO CON SABIOS CONDIMENTOS



Es la elaboración sencilla, aunque exige tiento, temple y tiempo. Según manden los comensales: -Uno o mas rabos de toro, a poder ser de lidia. Una proporcionada cantidad de cebollas, ajeas. Como medio kilo de zanahorias. Y otro tanto de tomates maduros. Un puñadito de dientes de ajos. (media docena, como mucho). Un vaso generoso de algún vino de Moriles o Montilla. El preciso aceite de

EXCURSIONES

Casi cualquiera de todos estos contornos son gratos, generosos y de propicios deambulares; sin más orden ni concierto que las particulares apetencias: Sus suaves laderas están salpicadas por construcciones eremitas, casi enmascarados como blancos palomares, nacidas y vividas allá por el siglo IV, por obra y gracia del obispo cordobés Osorio; además de la joya de **Medina Azahara**, los mismos contornos acogen y respetan el **Monasterio de "Scala Coelis"**, también conocido como **Santo Domingo**, nacido y renaciente, continua presumiendo de notable iglesia fertilmente invadida de muy bellas imágenes y notables frescos. Procede del siglo XV y enseña un claustro gótico.

Pero restan tantas y tantas rutas que necesariamente sólo el viajero deberá elegir. En este Parador, el viajero obtendrá los caminos más y mejor adecuados para sus apetencias y sus disponibilidades temporales.



PARADOR DE CÓRDOBA La Arruzafa

Avenida de La Arruzafa, s/n. 14012 Córdoba
Tel.: 957 27 59 00 - Fax: 957 28 04 09
e-mail: cordoba@parador.es

Central de Reservas

Requena, 3. 28013 Madrid (España)
Tel.: 902 54 79 79 - Fax: 902 52 54 32
www.parador.es / e-mail: reservas@parador.es
wap.parador.es/wap/
Textos: Miguel García Sánchez. Dibujos: Fernando Aznar